

**Cavilaciones  
Del abuelo Tomás  
sobre  
la resurrección.**

**M<sup>a</sup> Dolores Figueras**

Diez de Abril de 2002. El abuelo Tomás tenía ante sí el artículo de un periódico que leyó con avidez. “El Vaticano acepta la incineración, pero dice que las cenizas no se guarden en casa”. Así lo anunció el prefecto de la Congregación para el Culto, el cardenal chileno Jorge Arturo Medina Estévez, en la presentación del “Directorio sobre piedad popular y liturgia”.

Tomás, siempre desconfiado, hizo un mohín. El Vaticano cuando comprueba que su rebaño se aleja para alimentarse en otros pastos más apetitosos, siempre intenta ofrecer alguna friolera para atraerlo de nuevo a su redil.

El abuelo Tomás salió al jardín, aspiró el aire fresco de la mañana y volvió a entrar en su despacho dispuesto a escribir una carta a la Curia Romana, que probablemente nunca mandaría, pero sí que le proporcionaría un extraordinario placer, porque en ella vertería sus muchas dudas, desafiando, sí la leyeran, a obtener una mínima respuesta razonable.

Señores del Vaticano: Tengo un montón de dudas acerca de lo que cuenta un tal libro sagrado que vosotros os empeñáis en seguir llamando “la palabra de Dios”. ¿Tenéis a mano una Biblia? Os aconsejo que leáis el Pentateuco, de momento sólo estos cinco primeros libros, no sería sensato seguir adelante y correr el riesgo de sufrir una indigestión mortal.

Veamos, Dios creó del polvo de la tierra a Adán y tras cavilar unos días se dijo que no era bueno que el hombre estuviera solo y decidió hacerle una compañera adecuada. La fábula es conocida, quitó una costilla a Adán rellenando el hueco con carne. De la costilla del hombre formó una mujer. Y Jehová plantó a la parejita, desnudos, en el Edén, creyendo que se portarían bien, puesto que los había creado a “su imagen y semejanza”. No atinó Dios, que los jovencitos no tenían progenitores, ningún tipo de referencias ni experiencias que pudieran avisarles de los peligros que les acechaban. Y salió el diablo convertido en astuta y parlanchina serpiente tentando a Eva para que comiera el fruto del árbol prohibido.

Aunque la Biblia no haga mención de ello, es de deducir, ya que ahora razonamos y analizamos, que Dios con anterioridad había creado una corte de ángeles, pero en este primer bosquejo, algunos le salieron con más de un defectillo. Así que Lucifer, el príncipe, el guaperas, pero también el más orgulloso y el más necio, no se conformó en recibir órdenes de Dios y organizó una revolución, reclutando a otros inconformistas y contestatarios, proclamándose en su capataz. Y ahí empezó la guerra. Dios al ver que aquellos ángeles rebeldes eran incontrolables los mandó de cabeza al infierno, pero se olvidó de cerrar la puerta, y ahora ellos campan por sus anchas, tentando, seduciendo y poseyendo a cuántos pobres humanos puedan esclavizar. Una jocosa historia de ciencia ficción, patrañas de la incultura, si no hubiera sido para los mortales, causa de aterradores sucesos. No olvidéis, señores del Vaticano, que habéis llamado al diablo el mono de Dios, su imitador, atribuyéndole en vuestra supina ignorancia, toda clase de sortilegios, los hechos de videncia, la predicción del futuro y el alivio de dolencias por imposición de manos, que afortunadamente, hoy, determinadas áreas de ciencia, investiga. Tan persuadidos habéis estado de la existencia del maligno, que todavía practicáis algún que otro exorcismo, sin contar ¡enrojeced desventurados!, las miles de causas que abristeis mandando a la hoguera con el beneplácito de la perversa

Inquisición, que de santa nada, a quienes cuyas prácticas, ideas o descubrimientos no estaban de acuerdo con vuestras cerradas miras. Recordad que a Galileo por poco lo achicharráis, y como sea que siempre os movéis más lentos que una tortuga vieja, habéis tardado siglos en reconocer el error y pedir disculpas por los muchos sinsabores que acarreasteis al notable genio. Andad con mucho cuidado en pisar el terreno de la Ciencia, porque ésta cuando se pronuncia hace enmudecer a los orgullosos, hipócritas, mentirosos y tontos, y quien figure en esta lista es un indiscutible candidato a recibir un sopapo tan soberano, que dará más vueltas que una peonza.

A lo que íbamos. Adán y Eva fueron reprendidos y desterrados, por haber comido un fruto prohibido, y abandonados en una tierra inhóspita, expuestos a un sinfín de sudores y dolores. La pareja estaba en edad de procrear, y de dos preñeces nacieron Caín y Abel. Los dos hermanos, ya mozos, hacían ofrendas a Jehová de cuánto disponían, frutos del campo Caín, y corderos Abel. La oblación de Caín no satisfizo a Dios, y el muchacho, en un arrebato de celos, mató a su hermano. La familia quedó reducida a tres, pero Caín maldecido y condenado a ser un vagabundo errante, se largó de allí con la promesa por parte de Jehová de que “quienquiera que matare a Caín, lo pagará siete veces”. ¿De dónde salieron estos otros habitantes? El autor de esta historieta no se entretuvo aclarando tales minucias. Lo cierto es que según parece, Caín encontró una mujer y fundó una ciudad.

Y la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra y la corrupción y la concupiscencia se enseñorearon de la especie humana. Jehová no daba crédito a lo que estaba viendo, y lleno de ira, pataleó arrepentido, por haber creado al hombre, hasta que dio con la solución del conflicto. Exterminaría todo lo que había creado, el hombre, los ganados y las aves, vamos, que estaba dispuesto a no dejar títere con cabeza. Una única familia era aprovechable, y Dios encargó a Noé, el patriarca, que fabricara un arca de dudosas dimensiones, si calculamos cuánto tenía que contener, y abrió el grifo cayendo un aguacero morrocotudo durante cuarenta días y cuarenta noches. La masacre no sirvió de nada, pero incansable, en el devenir y cuando la tierra estaba repoblada, continuó con sus escarmientos e hizo llover del cielo fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra, y no hablemos de las plagas que cayeron sobre Egipto a fin de que el Faraón concediera la libertad a su pueblo favorito, el escogido, Israel. Los demás pueblos que constituían la tierra prometida, fueron expropiados por orden divina y tuvieron que chincharse. Un comportamiento ese del tal Jehová nada digno de imitar.

A ver, señores, este Dios antropomórfico, que se equivoca, maldice, se arrepiente de su creación, se deja arrebatar por la ira y extermina, no comprendo porque hace tantos aspavientos por el comportamiento humano, porque nosotros, simples mortales, hemos sido creados a su imagen y semejanza, o sea que de tal palo tal astilla. Es mucho exigir que de un padre tan imperfecto, los hijos nazcan de buena pasta, ya que la casta también cuenta.

Eminencias, espero que a estas alturas tengáis un concepto de la divinidad un tanto más superior, porque el Dios del génesis, no merece credibilidad alguna. En cuanto al mensaje de Cristo, no lo habéis captado en toda su pureza y profundidad. Más bien lo habéis desfigurado con vuestras particulares interpretaciones. Superados los tres primeros siglos que sufristeis cruentas persecuciones, conseguido el amparo de emperadores, reyes y dictadores, os convertisteis en perseguidores, y así habéis ido medrando. En España todavía sois funcionarios del Estado, y el papá gobierno os

sustenta a cuenta de los contribuyentes, queramos o no. Y es que no hay forma de que os independicéis y esto que disponéis de un patrimonio celestial, inextinguible, con el inconveniente, eso sí, de que ahora no abundan cándidos a los que podáis vender una parcela en el cielo. Antaño, con saña, promovisteis guerras santas, con las cuales os expandisteis, sometiendo a los pueblos, destruyendo culturas, cometiendo, en fin, toda clase de estropicios. También os dio por salvar y bautizar a paganos, infieles y negritos. ¡Que manía la vuestra en remojar a la gente! Vuestros sacramentos necesitan una puesta al día. Porfiáis en seguir lavando a los bebés del pecado original, el que cometieron Adán y Eva, absurdamente llamados los primeros padres. ¿Hasta cuándo la humanidad tendrá que cargar con semejante sinrazón? Es de suponer que aunque os hagáis el sueco, reparáis que la mayoría de gente, siguiendo la tradición, celebra la venida del nuevo componente familiar, llenando la tripa con un buen festín. Otro tanto sucede con la primera Comunión, trajecillos de buena calidad para los niños, vestidos de ensueño, majestuosos para las niñas, ambos en tal día son el centro de la atención, agasajados con joyas, sendos regalos y el toque final de un buen restaurante. Una inmensa mayoría de estos niños y niñas, ya lo tendréis controlado, no llega a comulgar por segunda vez.

¿Qué por qué saco a relucir estos siglos de horror y oscuridad? Pues para que tengáis presente cuán débiles son los cimientos del Vaticano, y un derrumbe institucional, no os pille por sorpresa. Habéis pretendido retener a las humanidades en un puño, aterrorizando con el fuego eterno y otros detalles tanto y más espeluznantes, que no quiero mencionar.

A mí, particularmente, no me habéis enseñado nada. Ha sido observando vuestras meteduras de pata, cuando abrí los ojos. De pequeño, los días de Semana Santa, íbamos a la iglesia provistos de mazas los niños y de carrazas las niñas, y tras una arenga del párroco contra los desalmados judíos que ajusticiaron a dios (lo escribo en minúscula porque no creo en la divinidad de Jesús) el cura nos invitaba a golpear fuerte en el suelo para matar a los judíos, en medio de un ruido infernal. El acto no constituía, precisamente, un canto de amor al prójimo, sino, al margen de la caridad cristiana, un alegato al odio más irracional.

Todavía no se quién fue el carcamal que inventó aquello del limbo. Dejaba a Dios en franco ridículo, porque la idea, además de injusta, era estúpida. El limbo lo habéis aparcado, claro, pero ¿habéis calculado a cuántas madres transidas por el dolor, les añadisteis la congoja del destino eterno e injustificable que sus bebés merecerían? No, no es lo vuestro medir consecuencias.

No escarmentáis nunca. ¿Recordáis la época del anticlericalismo? Pues a este lo parió la Santa Madre Iglesia, tras una larguísima gestación, como la de la burra. Teníais al pueblo acojonado, aturdido, sometido a vuestras plantas, negándole el derecho a expresar sus ideas y casi impedíais que pensara. En 1824, en Valencia, ahorcasteis a la última víctima, al maestro de escuela Cayetano Ripoll, acusado de hereje por no creer en los dogmas católicos. Siempre habéis sido poco precavidos y creyendo que la bicoca os iba a durar eternamente, no tuvisteis presente que quién siembra vientos recoge tempestades, y la violencia engendra violencia. Os ganasteis a pulso la antipatía de gran parte del sufrido pueblo. Hacía tiempo que se estaba sorteando un buen mamporro y vosotros erais depositarios de todos los números. Así que en cuanto se les presentó la ocasión, los que teníais de bruces con un pié en el cogote, se rebelaron y os cascaron. ¡Vaya si os cascaron! No obstante reconoced, en honor a la verdad, que tan sólo

recibisteis una pequeñísima parte de lo mucho que habíais esparcido a lo largo de los siglos. Los tiempos han cambiado y ahora ya no hay anticlericalismo violento. ¡Que más quisierais vosotros! , que os zurraran un poquito, suavemente, lo preciso para poder gimotear y prenderos la medalla de los mártires, con objeto de llamar la atención de la plebe.

Lo tenéis crudo, señores, porque el pueblo cada vez más frío y distante, os atiza con un arma más contundente y eficaz: la indiferencia. Y aunque silbarais como una locomotora vieja, la gente joven no os haría ni un ápice de caso. Ellos, por si no lo habéis reparado, pasan de toda monserga. No os escudéis tras el dogma o el misterio, porque han descubierto que tenía razón quien declaró, “Se leen las obras de los grandes padres de la iglesia y sólo se encuentran en ellas un diluvio de palabras en un desierto de ideas”.

Cierto, adolecéis de falta de respuestas coherentes. De hecho os conviene un cambio de imagen, empezando por una buena mano de pintura para esconder la mugre del vetusto edificio. Estáis viviendo un mal trance, se acabaron las vacas gordas y ahora están más bien flacuchas. Vaya, como sí os hubieran echado mal de ojo, como cree el vulgo. Ya ni el cielo escucha vuestras preces y eso que os urge reponer la plantilla, para seguir atendiendo a los escasos fieles, la mayoría de la tercera edad. Caviláis sobre solicitar personal femenino (que ya era hora de acabar con tanto machismo), para oficiar servicios religiosos, y consentir, sin más remedio, que el famoso celibato, origen de escondidos tormentos y sentimientos de culpa, sea opcional. Con todo, poco solucionaréis si continuáis vendiendo los mismos productos de fabricación propia y encima caducados. No gozáis de buena salud y podríais sufrir un colapso. Restad tranquilos, este peligro no debe inquietaros, está demostrado que los grandes cadáveres históricos tardan mucho en descomponerse.

Mientras, sed prudentes y comedidos. No os metáis los dedos en los ojos. No seáis piedra de escándalo. Don Quijote aconsejaba a su escudero, que ya entonces no gozabais de buena fama: “Sancho no te metas con la Iglesia...” y el caballero, cuando un determinado percance se avecinaba, exclamaba alarmado, “¡Sancho, con la Iglesia hemos topado!”. Vosotros, señores, de igual modo guardaos y mucho, de topar con la prensa, que los periodistas dicen cumplir con su cometido, y hurgan hasta el meollo de la cuestión, toda noticia que pueda venderse a buen precio. En verdad que sois los padres de los misterios más indescifrables y esto despierta curiosidad. No se comprende como siendo los herederos de aquel humilde Maestro que no tenía donde reposar su cabeza y entró en Jerusalén, para celebrar la Pascua, sentado encima de un pollino prestado, hayáis podido amasar la incalculable fortuna de que disponéis.

Se me ha subido la mosca detrás de la oreja y he olfateado que por ahí anda un manejo de los feos, de los gordos, ya que tan vasto imperio como el que teníais, no se gana tan fácilmente. ¿Cómo ha sido adquirido? Porque aunque no paguéis impuestos...

Según Canga Argüelles, dice la enciclopedia, que en aquel entonces unos 12 millones de hectáreas pertenecían al clero. ¡Vaya pellizco! Las Cortes de Cádiz legalizaron en 1812 la incorporación al Estado de los bienes de las comunidades religiosas que habían sido extinguidas o reformadas, por disposición de los franceses. Sin embargo el Concordato de 1851 solucionó en parte, la cuestión respecto a Roma. A partir de entonces, la Iglesia fue indemnizada con títulos de la Deuda, además de lo que

obtuvo de la venta de propiedades, con prebendas añadidas. La desamortización prosiguió normalmente hasta principios del siglo XX. Existe una suma y sigue desde el Concordato de 1953.

No seáis ambiciosos ni descuidados, e invertid vuestros ahorrillos en lugar seguro y no dejéis que los periodistas husmeen en vuestras finanzas, porque cuando las ventilan, nos quedamos todos pasmados, con la boca abierta, y no la podemos cerrar en una semana. Tened presente que con estos chanchullos, ganáis en descrédito y os asombraría conocer el número de personas que entre asqueadas y divertidas, aguardamos que deis el próximo resbalón. Haber si controláis tanto cura pederasta, eso es feo, denigrante, y encima os ha costado un pastón indemnizar a las víctimas de tales abusos. Ni nada de que un clérigo se cepille a la esposa de un feligrés, por aquello de “no desearás la mujer de tu prójimo”. Y menos aún que un sacerdote deje preñada una monja y para esconder el tropezón se recurra a un mal aborto de funestas consecuencias. Tanto prohibir el condón y en ocasiones es un excelente auxiliar. No dejéis que os corroa la envidia y, por favor, dejad de meteros en el lecho de las parejas, no les agüéis la fiesta marcando como y cuando deben copular. Sabed que la jodienda ha sido el único placer gratis de los pobres y como raras veces dais pie con bola, no habéis caído en la cuenta, que evitar un embarazo es tan “pecaminoso” utilizando vuestro tan recomendado método Ogino, un preservativo o el coitus interruptus.

De vez en cuando nos sorprendéis con un notición. En el verano de 1999, asistimos al milagro más grande que jamás se ha hecho, ni se hará. El autor, sin duda alguna, merece ser elevado a los altares. Lo produjo el Papa Wojtyla, quién entrado en años y gozando de precaria salud, lo cual lamento, tuvo fuerzas para apagar de un soplo las malditas llamas del infierno, destruir el aterrador antro de fuego y azufre y dejar a satanás y su ejército sin domicilio y con el rabo entre piernas. Porque, que yo sepa, la figura del diablo sigue vigente, no la habéis aparcado todavía. Ya caerá, el día que deje de seros útil. Las mentes calenturientas de vuestros predecesores, crearon un infierno propio, más cruel que el Hades pagano. Por lo menos los allí condenados, eran castigados en proporción a los delitos cometidos. Recuerdo, en cambio, que el párroco de mi pueblo, un cura de misa y olla, nos tenía amedrentados con la amenaza de caer en los infiernos por la bagatela de faltar un domingo a misa y morir de golpe sin tiempo a confesar este pecado mortal. De tan desequilibrados sermones, he sacado dos conclusiones, el ministro de Dios en cuestión, se aseguraba que los borreguitos asustados, al domingo siguiente nos presentaríamos en la iglesia, al toque de la campana, y algo caería en el cepillo, o es que era un alcornoque de pies a cabeza si de veras creía lo que predicaba.

Nos fastidiáis en todo lo que podéis, ¿a qué viene eso de tener que abstenernos de comer carne todos los viernes del año? Os flaquea la memoria y no tenéis presente las palabras del Maestro. “No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre, sino lo que sale de la boca... ¿No comprendéis que todo lo que entra en la boca pasa al vientre y luego se echa en la letrina? En cambio lo que sale de la boca viene de dentro del corazón, las intenciones malas, asesinatos, injurias... (Mt. 15)” ¿Qué os voy a contar que no sepáis?

Han transcurrido apenas unos días desde que el cardenal Medina, muy serio, muy grave, ha anunciado que la práctica de la incineración, cada vez más difundida también entre los católicos, ha sido aceptada por la Iglesia, que ya no la considera ilícita. Vuestra

generosidad me abruma, siempre nos ofrecéis algo de comer cuando ya estamos saciados.

Dice el cardenal Medina, “Para el señor resucitar un cuerpo que ha sido inhumado bajo tierra o quemado es la misma cosa”. O sea que no le representará un trabajo extra... Medina no puntualizó, sin embargo, si habrían de recibir un trato especial aquellos pobres desdichados que fueron devorados, digeridos y evacuados por toda clase de fieras, o si será preciso poner, previamente, en remojo a las momias egipcias que se exhiben en los museos, más rígidas que el congrio seco. Además, según especificó el cardenal chileno de la curia, está previsto un ritual, “para bendecir al difunto y rezar públicamente con los parientes en el crematorio antes de que sea incinerado y las cenizas sean conservadas o esparcidas”.

Ahí, ahí os duele, el miedo a perder clientela, y a no poder seguir siendo imprescindibles. Como siempre os cubrís las espaldas y aceptáis que las cenizas sean esparcidas, amparándoos en que esto no es obstáculo para Dios, por si alguien inquiriera si vuestros antecesores, habían guardado, debidamente, las cenizas de las miles de víctimas que mandaron a las hogueras.

Según el documento vaticano, la Iglesia pide a los fieles que no mantengan en sus casas las cenizas de los difuntos e invitan al uso del cementerio. Por una vez estamos totalmente de acuerdo, señores, y yo conozco un par de anécdotas que considero disparatadas.

Una vecina y su suegra habían convivido más de treinta años como el perro y el gato. Al fallecer la suegra la incineraron y su nuera guarda la urna encima del televisor. Ello la hace sentir libre y feliz. Ahora la suegra está allí metida, “hecha polvo”, quieta, no mete las narices en sus armarios y cajones, no entra en la habitación del matrimonio a media noche sin llamar, como una pesadilla, pretextando cualquier excusa, no controla sus compras y no la oye lamentarse todos los días que su hijito del alma, merecía una esposa mejor. La nuera proclama a los cuatro vientos, que es a ella a quien le ha llegado el suspirado momento de descansar en paz.

Otra anciana falleció y sus cuatro hijos, que viven en distintas regiones de España, repartieron en equitativos montoncitos las cenizas y las esparcieron en el lugar que cada uno de ellos estimó más idóneo para tener, “cerquita a su madre”. ¡Es de una ingenuidad increíble!

Vuestro credo, señores, huele a rancio, a tiempos de maricastaña. Mal suena eso de que Jesús bajó a los infiernos, sobre todo desde que Wojtyła ha tenido la feliz idea de cerrar el antro. En cambio continuáis defendiendo contra viento y marea, la resurrección de la carne, y nos dejáis en ascuas, sin más aclaraciones. Antaño, cuando la ciencia no estaba tan avanzada para diagnosticar, era fácil confundir un coma transitorio con la muerte, y sucedía, en más de una ocasión, que en un velatorio “el difunto” se levantaba preguntando que había para cenar. Algunos de los allí presentes echaban a correr, pies para que os quiero, y a los demás, paralizados por el susto, les daba un patatús.

Las trompetas del juicio final no sonaran, se han oxidado. Procuraos, pues, un comodísimo sillón, bien mullido, porque esperando, esperando, no os salgan callos en las posaderas. Acordaos de Pablo de Tarso que, impaciente y eufórico, predicaba el

advenimiento de Cristo, convencido de que este hecho estaba ya, a la vuelta de la esquina. “Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos, (los resucitados) en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor, (1 Ts 4, 17) Han transcurrido cerca de dos mil años y tan cándida e idílica profecía no se ha cumplido. Vosotros sí que estáis en las nubes y lo peor es que todavía creéis tener la sartén por el mango.

Pues ya no somos tan tontorrones y tenemos derecho a conocer algunos detalles que nos inquietan. Por experiencia, nada grata, ya sabemos que nuestros cuerpos son debiluchos, de escasa duración, con fecha de caducidad, y por ende a la madre naturaleza, le debemos más de una pifia. Esperemos que al resucitar, los nuevos cuerpos sean más sanotes, de mejor calidad, fabricados con elementos más consistentes, perdurables por los siglos de los siglos, que no sufran averías y tengamos que recurrir al remiendo, al apaño de parche sobre parche. Que no precisemos de desodorantes para disimular el tufillo de pies y sobaquines. Nada de sufrir la tortura de la artrosis, ni dolor de muelas, ni desarreglos intestinales y tampoco ventosidades, porque esto sería el cáguense. ¿Nos libraremos de la sordera o de renquear? Y si a más de uno, las trompetas anunciando el gran evento, le pillan viviendo tan ricamente gracias a un órgano trasplantado, barrunto que habrá que recurrir al trueque, porque a cada cual lo suyo. ¡Sin anestesia, no por favor!

He buscado información en la enciclopedia y resulta que esta mitomanía de Adán y Eva es para que hasta los párvulos se sonrían. Hace millones de años que la tierra da vueltas sobre sí misma, y en su superficie han habitado un número incontable de seres humanos. No creo que podamos manejar un cálculo aproximado de los milenios que nos separan del hombre primitivo al Homo Sapiens.

En el actual siglo traspasamos la friolera de 6.000 millones de seres humanos. Nueve ceros, señores, y suponiendo que nuestro planeta resista un tiempesito de tan sólo 10.000 años, pasmaos. No dispongo más que de una calculadora que mi mujer utiliza para controlar sus gastos semanales, así que me las he compuesto con una hoja de papel para ir anotando ceros y más ceros, a mi derecha claro, que tan paleta no soy, hasta que me he quedado bizco, y no he sido capaz de leer la cifra.

¡Y me han entrado unas ganas de reír! He gritado ¡eureka! Porque os desafío, señores, a que me aclaréis tales cuentas, ya que en esto sí que sois expertos, sobre todo cuando están a vuestro favor. Como os conozco y no me fío ni pizca de vosotros, os advierto que las cifras multitudinarias se refieren a personas, y no vale convertirlas en euros. Hay que jugar limpio, al pan, pan y al vino, vino. En la hipótesis de que, por fin, llegara el día de la resurrección de la carne, sería para verlo. No nos precipitemos, vayamos por partes. Es evidente que estamos en la Tierra muertos y vivos, y en un momento dado los que durante milenios han esperado esta ocasión, emergerán, según vosotros, de la tierra igual que hongos, apretados, prensados como arenques de barril, por falta de espacio y exceso de personal, sin atisbar más panorama que el cogote del vecino de enfrente. O la resurrección se verificará por etapas, por orden cronológico. Permanecéis callados, el Vaticano todavía no se ha pronunciado sobre estos detalles, no importa, no urge, el día que hable seguro que meterá la pata.

Otra cosa, los millones de bebés y gente menuda, ¿en que condiciones resucitarán, necesitarán pañales, hablarán, habrán crecido mentalmente? ¡A ver si de una puñetera

vez nos aclaráis tales incógnitas! También hay que ir pensando en el vestuario, que está hecho cisco. ¿Con qué trapitos nos cubriremos? Sábanas, túnicas, modelitos de distintas épocas y países, en fin, el más abigarrado y completo carnaval. Marta, mi mujer, que está metidita en carnes, prefiere los colores oscuros, dice que estos le disimulan los michelines.

Parece ser que el primer capítulo del serial, lo tenemos casi resuelto, pero el segundo no es menos peliagudo. La tarea no ha terminado. ¡Ahí os quiero ver, sesudos teólogos! Se trata de que cada cuerpo encuentre el alma que le corresponda o viceversa. Un trabajo de colosos, que si alguien no lo remedia, será buscar una aguja en un pajar. Vosotros aseguráis que tenemos que subir al cielo y debéis dar por sentado que lo haremos desafiando la ley de la gravedad, porque nuestra carne recién estrenada, flamante, deberá pesar sus quilos. Y no me salgáis con la excusa de que pueden ser cuerpos espirituales, que la palabra carne únicamente tiene una definición. Alguien ha insinuado que podríamos utilizar ascensores, pero además de complicado, hace falta saber si las nubes, son lo bastante resistentes para sostener tanta concurrencia. Nada, que lo mire por donde lo mire el embrollo se sostiene igual que agua en un cesto. E insistiendo en este acoplamiento de alma o espíritu y cuerpo, me viene en mente el redactado de epitafios y esquelas mortuorias. Se informa que el difunto ha entrado en la plenitud de la vida, llegando a la casa del Padre, muchos con un certificado de buena conducta junto al pasaporte para el viaje “definitivo” por haber recibido los Santos Sacramentos, la Extremaunción y la Bendición Apostólica. Los familiares, apesadumbrados, dedican a sus seres queridos palabras, recordándoles que perviven en su memoria y jamás les olvidarán esperando reencontrarse en el cielo. Sí pues, las almas sobreviven al cuerpo, pueden recibir mensajes careciendo de cerebro físico y gozan de una paz imponderable, ¿por qué narices, necesitamos un cuerpo grosero que nos restará movilidad, exigiéndonos una continua atención?

Necesito más respuestas, descansad y tomad aire, el examen continúa. Nos habéis mareado durante siglos con represiones y exigencias de todo tipo, así que no deis pie a que me exaspere y saque a relucir, con pelos y señales, las barbaridades que pesan sobre vuestra malhadada y negra historia, por muchas disculpas que hayáis pedido.

Volvamos al bonachón de Wojtyla. No sólo barrió el infierno de un escobazo que, por añadidura declaró que el cielo no está en un lugar concreto. “El cielo y el infierno, dijo, según el periódico, son un estado del alma. El infierno, más que un lugar, es la situación que vive quien se aleja de Dios definitivamente por propia voluntad. No tenemos que atribuir la condenación a la iniciativa de Dios, porque en su amor misericordioso, Él no puede querer otra cosa que la salvación de todos los seres que ha creado. En realidad es la criatura la que rechaza su amor. La condenación consiste, por lo tanto, en la separación definitiva de Dios”.

¿Habéis analizado las contradicciones que se encuentran en esta parrafada? No creo que lleguéis a tanto. Después de dibujar un “dios” capaz de obrar tales maravillas con la resurrección de la carne, continuáis defendiendo su incomprensible comportamiento hacia nosotros, sus hijos pequeños y débiles. Nos ha creado imperfectos, y nos echa la culpa de nuestros errores. Incapaces de discernir, la mayoría de las veces, sobre el bien y el mal, arbitrariamente nos cae encima la más injusta de las condenas, la separación definitiva de Dios. Muy mal se ajusta “el amor misericordioso” de este dios vuestro, con su incomprensible rechazo hacia los seres que ha creado. Le falta iniciativa, compasión,

justicia y amor. Cualquier padre de la tierra le supera, ya que al menos busca la curación de sus hijos cuando enferman.

Ya no tragamos el anzuelo. La fe ciega es para bobos e incautos. Los cuatro evangelios, que por cierto vosotros elegisteis entre un buen número que han sido rechazados y considerados apócrifos, ninguno de ellos relata que Jesús recubriera un esqueleto de carne y echara a andar. En la resurrección de Lázaro, la más espectacular, la ciencia médica sostiene que la catalepsia puede durar algunos días, lo cual ignoraban los contemporáneos de Jesús. En cuánto a la hija de Jairo, el mismo Maestro dice: “La niña no ha muerto, está dormida”. Y otro tanto pudo ocurrir con el hijo de la viuda de Naim, debemos recordar que los judíos enterraban a sus muertos en el momento que estas personas, por cualquier causa quedaban inmóviles, una práctica muy peligrosa. No me cabe duda alguna que la fuerza curativa de Jesús acelerando un proceso de recuperación, pudiera ordenar que se levantaran.

Los mismos evangelios siguen relatando que Jesús, después de su muerte, se presentaba, aparecía y desaparecía, estando las puertas cerradas, no se menciona que jamás llamara para entrar, prueba evidente de que no disponía de un cuerpo sólido, y en cambio manejaba su envoltura espiritual como le conviniera, haciéndose tangible y adoptando incluso otra figura, hasta el extremo que dos discípulos suyos, en el camino de Emaús, no le reconocieron.

Hoy en día numerosos casos que se denominan muerte clínica, corroboran que una persona, en tal trance, puede ver y oír cuanto ocurre y se habla en el quirófano, habitaciones contiguas y aún puede visitar a familiares que residen a distancia, asegurando, además, haber visto y hablado con seres espirituales. Las personas que viven semejantes experiencias, jamás vuelven a temer a la muerte.

Necesitáis un reciclaje a fondo con una buena dosis de humildad, eminencias.

Vuestra petulancia no conoce parangón, os autodenomináis ministros de Dios, sin reparar que nadie puede conocer los pensamientos, los designios del Todo, del Absoluto. Dijo un sabio que sólo podemos saber lo que no es Dios. ¡No es imperfecto! Y vosotros osáis recortar sus atributos, trazar su contorno infinito con escasísimas miras, llenándoos la boca del gran amor divino, pero asegurando, al mismo tiempo, que será eterno su rencor y su incomprensión por nuestras debilidades. Por otra parte, si Dios lo abarca todo, si no existe un lugar vacío de Él, ¿cómo podremos estar lejos de su Esencia? Sois la suma de todas las contradicciones, el plus ultra de la irreflexión y fomentadores del más crudo ateísmo, porque el género humano, atisba de lejos las irregularidades de vuestro credo y la diversidad de criterios dentro de la Iglesia, cada vez más difíciles de unificar.

Me comentaba un amigo, escaldado por la negativa influencia que, en su juventud, tuvo un cura dentro de su matrimonio, ya que la esposa era una santurrona, y se quejaba el hombre. “Con la excusa, de que los clérigos son ministros del Verbo, los verbos que más han utilizado a su antojo, son los de atar y desatar. Y la absolución de los pecados “sexuales”, si no se observa la maldita abstinencia, lo cual resulta ser un ayuno casi total, depende de lo gazmoño que sea el confesor. Algunos tienen la manga más ancha o se atienen más a la razón que a imposiciones antinaturales. ¡Que se pongan de acuerdo y dejen de fastidiar!

De todas partes, señores, os disparan quejas y sacan conclusiones de vuestro proceder. Os sentís un poquitín ahogados, sin embargo, sed precavidos y aunque tambaleéis, no cometáis el error, con ánimo de salir del atolladero, de echar mano de un paño nuevo y recio para remendar ropa vieja, que ya el Señor avisó que lo nuevo, tira con fuerza y se hace peor la rotura. Arrepentíos, como decía Juan el Bautista, y enderezad vuestros discursos, sopesando las palabras que pronunciáis, pues acostumbran a ser signo de contradicción. Tened presente que eso de la infalibilidad papal va de capa caída y corréis el riesgo de veros obligados a colgar un cartelito en la puerta de las iglesias que diga, “cerrada por falta de asistentes”.

¡La de privilegios que os habéis otorgado! En mi cabeza no cabe que Jesús concediera potestad alguna para perdonar pecados e imponer penitencias, bajo el criterio de unos simples mortales, más imperfectos y débiles moralmente, la mayoría de las veces, que los propios penitentes.

El papa Dámaso confió a san Jerónimo, en el año 384 la misión de redactar una traducción latina del Antiguo y Nuevo Testamento. Este trabajo presentaba grandes dificultades. San Jerónimo se encontraba, como dijo él mismo, en presencia de tantos textos como copias de los evangelios que diferían entre sí y esta infinita variedad de versiones le obligó a una elección y a profundos retoques. Esta traducción oficial, llamada la Vulgata, que debía ser definitiva, sin embargo fue retocada también en diferentes épocas por orden de los pontífices romanos. Lo que había sido aprobado en el año 1546 por el concilio ecuménico de Trento, fue declarado insuficiente y erróneo por Sixto V en 1590. Éste ordenó una nueva revisión, y la edición que resultó y que llevaba su nombre, fue a su vez modificada por Clemente VIII en otra nueva edición, que es la que hoy está en uso.

Cuatro revisiones son una buena excusa para trapihear. La inspiración del Espíritu Santo, evidentemente, resultó nula y recelo que con tanto ajeteo y retoque, más de un versículo del Evangelio haya sido añadido o borrado, quedando desfigurado el mensaje del Maestro. Total, que se os ve el plumero, y no recurráis al atenuante de que los susodichos Papas, todavía eran falibles. Eso es cierto, porque el dogma de la infalibilidad lo proclamó Pío IX en el concilio Vaticano I en 1870. Con todo estad alerta, pues no hace falta que os recuerde que “toda planta que mi Padre no haya plantado, de raíz será arrancada”.

“Los grandes hombres nos parecen grandes porque los miramos de rodillas”, leí en cierta ocasión y sobre esto, señores, poseéis una dilatada experiencia. No ignoráis tampoco que el atuendo, modelito único, exclusivo, y demás ornamentos que usáis, son los que os distinguen del resto de los mortales; bajad del pedestal, porque las perchas, lo que se dice perchas, son las mismas para todo el género humano. Son los uniformes los que caracterizan, separan y marcan distancias. Imaginaos por un momento que un buen día todo el personal del Vaticano, amaneciera vestido a la europea... Os he pegado un susto de muerte y os ha entrado una tiritera de padre y muy señor mío, al pensar que la idea fuera realizable, porque es obvio que sin tanta ostentación vuestras ilustrísimas no parecerían, ni mucho menos, tan relevantes. Quedaríais chiquititos, normales, ya que es la pompa, el boato, quien agiganta vuestras figuras.

Permitidme una sugerencia. Fieles a vuestro tradicional protocolo, olvidáis ejercer la compasión hacia Juan Pablo II. Al pobre le pesa la tiara y considero que la vejez y la enfermedad merecen un respeto. Reflexionad y jubíladle sin más demora, que no nos rasgaremos las vestiduras por el hecho de que dos papas convivan bajo el mismo techo. Wojtyla podría ser Papa Abuelo y el otro, que aspirantes a la vacante no os faltan, el Papa en funciones. Todo limpio, ordenado, dentro de una nueva legislación. No conviene que se os alborote el gallinero, que la lista oficial registra la bochornosa cifra de treinta y siete antipapas en mil años, que lo suyo costaría desautorizarles y aún hoy no sabemos quienes eran los malos de la película. Buena prueba de ello es que Pío XI, que asumió el solio pontificio desde 1922 al 39, cayó en el gravísimo error de bendecir los cañones destinados a masacrar al pueblo abisinio.

Amalia Domingo Soler afirmaba que “la Biblia es una segunda Torre de Babel”. Repasad sería y detenidamente vuestros intocables dogmas, que pueden verse muy comprometidos por la sana competencia que os surge de aquí y allá, cual destellos luminosos, con razonamientos mesurados y lógicos, debilitando aún más, el escaso favor que hace al pueblo llano la fe ciega y absurda, con que la alimentáis. La realidad nos demuestra que las creencias más arraigadas suelen tener la base menos sólida, al tiempo que son más vulnerables.

Decía, señores, que en la actualidad, distinguidos psiquiatras, psicólogos y médiums de merecido renombre como Brian Weis o James Van Praagh, por citar algunos, han escrito libros sobre la inmortalidad y la ley de Reencarnación. Todo ello queda demostrado a través de honestos estudios y comprobaciones fidedignas, conseguidas con la colaboración de cientos de personas a quienes, provocándoles un estado de trance o bien de manera espontánea, pueden regresar al pasado y conocer importantes detalles de vidas anteriores.

Las personas que se dedican a divulgar tales verdades, son cantores del Amor y la Justicia del Creador, llevando a miles de seres atribulados, mensajes de consuelo, de esperanza y seguridad.

“La cuna tiene un ayer y la tumba tiene un mañana”, decía Víctor Hugo. La evolución espiritual, entendedlo, es eso, vivir una y otra vez en la tierra distintas etapas, tantas como sean precisas para crecer y desarrollar nuestros sentimientos, algo que no puede conseguirse en una única existencia. No hay efecto sin causa y lo que recogemos hoy no es más que lo que hemos sembrado, voluntariamente, en otro tiempo. Jamás estamos solos en nuestro arduo y largo ascenso, siempre nos acompaña el infinito Amor del Padre y la ayuda solícita de seres queridos que desean que alcancemos, espiritualmente, la edad adulta. No existe ninguna condena eterna, ni separación de la Causa Primera, porque eso sería admitir la limitación de los atributos divinos. La diversidad de situaciones que vivimos los habitantes de este Planeta no pueden ser consecuencia de una voluntad arbitraria, caprichosa e injusta.

Predicáis un Dios tan partidista y limitado que carecéis de argumentos convincentes para refutar verdades que resisten al más exhaustivo análisis. Dais la impresión de que no tenéis más mira que el ojo de una cerradura, y os quedáis tan anchos, creyendo que la grey es estúpida y se zampará enterita vuestra verborrea. Hace siglos lanzasteis un bumerang con fuerza y os encontráis con el resultado contrario al que esperabais, por la

mala utilización del método. Ahora aquel retorna con tanto ímpetu que os puede tumbar de espaldas, y la verdad es que quedaríais en una postura harto ridícula, pero merecida.

Las escuelas socráticas enseñaban que “las almas toman nuevos cuerpos para repetir una y otra vez sus vidas físicas, a fin de desarrollar las facultades de la psiquis y adquirir sabiduría”.

Asimismo la escuela neoplatónica aceptaba que “cada alma recibe el cuerpo que le conviene y que está en armonía con sus antecedentes, según sus existencias anteriores”.

Orígenes denominaba a las “vidas dolorosas, penas medicinales. Cada alma recibe un cuerpo de acuerdo con sus merecimientos y sus previas acciones, reencarnando repetidas veces”. A propósito, ¿por qué a Orígenes, teólogo y sacerdote, no lo habéis subido a los altares?

La ley justa y equitativa de la reencarnación la entienden, mayoritariamente, las almas humildes. No es de extrañar por tanto que a instancias del emperador Justiniano I, el Concilio de Constantinopla II, en el año 553 condenara la creencia en la reencarnación. “Todo aquel que sostenga la mística idea de la preexistencia del alma, y la maravillosa opinión de su regreso, será anatemizado”, (maldecido).

Una forma bien contundente de dejar mudo al pueblo y en especial a quienes divulgaban tales conocimientos, que por todos era bien sabido los métodos de persuasión que empleaba la Iglesia. Quienes presidieron este Concilio eran cegatos de solemnidad, apoyados e incitados por dicho emperador, dieron carpetazo limpio al asunto y seguros de que el problema estaba resuelto, se olvidaron de borrar las huellas que podían condenar su delito. Todavía están ahí, límpidas, relucientes, indiscutibles, en el mensaje evangélico.

No me cabe duda alguna, señores, que en distintas épocas, en diversas existencias, probablemente, he sido verdugo y mártir dentro de la Iglesia, siendo esta la única razón explicable de que ahora me alce, a la manera quijotesca, y me disponga a deshacer entuertos. Me estoy relamiendo los labios de deleite, y gozo de la bendita ocasión de poder restregar vuestras ilustrísimas narices, con los versículos que han subsistido después de sufrir tantas revisiones y un sinfín de traducciones. Es un placer para mí ahorrarnos el trabajo de releer la Biblia, además de que no quiero correr el riesgo, de que tengáis serias dificultades en encontrar lo que os conviene conocer.

Aunque el Antiguo Testamento es un auténtico revoltijo por las múltiples contradicciones que contiene, algunas de las cuales ya señalé al comienzo de esta carta, justo es admitir que, con respecto al tema que estamos tratando, se encuentran citas de verdadero interés y que ponen de manifiesto una relación entre culpabilidad y sanción equitativa. De no ser así volveríamos a enfrentarnos con un dios inconcebible, parcial, colérico y destructor.

“Cuando el hombre cayere, no quedara postrado, porque Jehová sostiene su mano”. (Sal. 37,24) “Reprendiendo sus yerros, tu corriges al hombre”. (Sal. 39,12) “Y tuya, oh Señor, es la misericordia; porque tú pagas a cada uno conforme a su obra”. (Sal.62,12)

Veamos que lucecitas brillan en los Proverbios. “Por el fruto de su boca, se harta de bien el hombre, cada cual recibe el salario de sus obras”. (Pr. 12,14) “¿Acaso el que pesa los corazones no comprende? ¿el que vigila tu alma, no lo sabe? Él da a cada hombre según sus obras”. (Pr. 24,12)

Y en Isaías se puede leer: “Decid al justo que le irá bien porque del fruto de sus acciones comerá. ¡Ay del malvado! Que le irá mal, que el mérito de sus manos se le dará”. (Is. 3, 10) “He aquí te he purificado, i no como a plata; te he probado en el crisol de la aflicción”. (Is. 43, 10)

Es hora, señores, de enlazar convenientemente ciertos versículos de los evangelios, que nos hablan con toda claridad de reencarnación, ley natural que vincula la causa con el efecto, única forma de evolucionar espiritualmente. Empecemos por el controvertido pasaje de Jesús y Nicodemo. “De cierto te digo que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”... “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo”. (Jn. 3, 17)

Antes del nacimiento de Juan el Bautista, un ángel anunció a Zacarías, su padre: “E irá delante del Señor con el espíritu y el poder de Elías”. (Lc. 1, 17) Y no fue esa una mera expresión para definir su carácter y su labor. El mismo Jesús lo ratificó: “Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir. El que tiene oídos para oír, oiga”. (Mt. 11, 13) Y de nuevo lo mantuvo: “Mas os digo que Elías ya vino y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista”. (Mt. 17, 22)

Y para que nadie pudiera pavonearse de las jerarquías terrenas, ostentosas e intocables, el Maestro atestiguó: “Porque os digo que entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista; sin embargo el más pequeño en el reino de los cielos, es mayor que él”. (Lc. 7, 28) Este versículo nos está hablando de una escala evolutiva espiritual, negando toda asociación con el privilegio, que equivale a falta de equidad.

Otro hecho de relevante importancia es el caso del paralítico curado que citan los cuatro evangelistas. “¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? (Mr. 2, 9) Evidentemente Jesús estableció una relación entre culpa anterior y enfermedad cuando sentenció: “He aquí has sido sanado; no peques más, porque no te venga una cosa peor”. (Jn. 5, 14)

El Maestro insiste: “De cierto os digo: el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida”. (Jn. 5, 24) “Y con la misma medida que midáis, se os volverá a medir” (Mt. 7, 2) “Todos los que tomen espada a espada perecerán”. (Mt. 26, 52)

¿Habéis tomado nota, señores? No os hagáis demasiadas ilusiones con respecto a una bienaventuranza y descanso eterno, la verdad es que todos tenemos billete de ida y vuelta. Regresamos a la tierra las veces precisas para recoger el fruto de lo que hemos sembrado voluntariamente, la cosecha es obligatoria y nadie se puede zafar de ella. Hay

espíritus que no vuelven al plano físico, porque han llegado al último curso presentando los deberes debidamente realizados.

¿Por qué clamaría el Maestro? “¡Ay de vosotros, interpretes de la ley! Porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis y a los que entraban se lo impedisteis”. (Lc. 11, 52)

Señores, hace quince siglos que vuestras espaldas sobrellevan el peso de no conceder la menor importancia a una verdad incuestionable, ocultándola y prohibiéndola con serias amenazas, en un principio. Ahora recibís un justo castigo ya que, sin admitir la ley de la reencarnación, os quedáis mudos, secos, vacíos, sin respuesta razonable para explicar la causa del sufrimiento humano y la inmensa diversidad de situaciones físicas, intelectuales y morales. Insisto en ello con ánimo de que reflexionéis, aunque soy consciente que debido a vuestras muchas ocupaciones temporales, no os quede tiempo para estudiarlo y percataros que el Padre de la Creación no puede ser el Autor de este aparente caos que nos rodea. No existen en Él atributos contrarios, el Orden y el desorden no tienen nada en común.

La sociedad ha cambiado en materia religiosa y no os servirá, como en otrora se os ocurrió para salir del aprieto, achacar los males y toda suerte de barbaridades que sufrimos los desterrados hijos de Eva, según la Iglesia, al poder maligno o a la voluntad divina. Dos disparates sin fundamento alguno, porque el diablo no existe, no tiene padre que lo haya engendrado, y Dios es sólo Amor y sus leyes son perfectas e inamovibles.

Señores, no tengo intención de escribiros una nueva misiva, a menos que pretendáis enmendar un asuntillo de los vuestros y resulte, como casi siempre, ser peor el remedio que la enfermedad.

Atentamente.

Tomás

Igualada, 6 de Mayo de 2002